

EMERITUS MUNICIPAL
ENTRADA
4 NOV 1937

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 181

Valencia, 1 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

De la España ultrajada Ocaso de los Imperios

Aquí de Escipión la vencedora colonia fué...

RIOJA.-A las ruinas de Itálica

¿Hay algo más melancólico que la vejez de los seres humanos? Sí, sin duda: es mucho más desconsoladora y trágica la senectud de los grandes Imperios. El varón que fué vigoroso y gentil y llega a la ancianidad débil, valetudinario, e incapaz de valerle a sí mismo, que ve paralizados sus miembros y su inteligencia nublada e incapaz de coordinar ideas, la hembra que en su juventud fué prodigio de belleza y de gracia y alcanza la edad en que, no ya toda gentileza, sino toda ilusión se marchita, sufren uno de los más hondos desconsuelos que pueden conturbar el espíritu; pero, cuando esa decadencia fatal se da en una Nación que fué grande, que se erigió en árbitro de los destinos de la Humanidad, que se creyó invencible y cuyos dominios se extendían por dos continentes, la decadencia irremediable, la caída en la impotencia, con el subsiguiente sufrimiento de la ajena injuria, ello es algo tan aflictivo que no puede menos de inspirar honda compasión en quienes contemplan su desplome. En la «Grandeza y decadencia de los romanos» expresa el historiador del Lacio, como Spengler en la «Decadencia de las Naciones latinas», esta impresionante y dolorosa tragedia. Sin embargo: es obligado examinar cuándo esta decadencia es aparente y cuándo es real, y, en los momentos actuales, decisivos para la Historia del mundo, hay pueblos que parecen morir y que no hacen sino despertar y renacer, como España, y otros que, en apariencia, son vigorosos, pletóricos de vida, armipotententes e invencibles, en los cuales se inicia un crepúsculo, precursor de la más imprevista, pero segura ruina.

Los individuos mueren, pero la Humanidad perdura y las razas, cuando tienen una personalidad, como la española, pueden caer en el más hondo de los abismos, pero acaban por resurgir de él victoriosas y heroicas, al mismo tiempo que las que se arrogaron el supuesto derecho de oprimirlas y aún de exterminarlas, entran, por culpa de su propia soberbia, en una descomposición precursora de su desplome, también no eterno, pero mucho más duradero que lo que ellas y sus torpes dirigentes imaginan.

Demasiado se ha hablado por nuestros compatriotas de nuestras grandezas pretéritas y de nuestras miserias actuales: «¿Eres España, la Nación que un día poblara inmensa gente—aquella cuyo Imperio se extendía—del Ocaso al Oriente?», preguntaba atribulado el poeta Espronceda y, de entonces acá, no han cesado las plañideras de gloriar la lamentación jeremiaca; pero si aparentemente ha perdido nuestra Patria toda grandeza, hay que ser ciego para no ver que entre la España de los primeros Austrias y la actual, hay una diferencia enorme a favor de ésta; porque la prosperidad de un pueblo no se mide por las leguas cuadradas de su territorio—entonces las Naciones más florecientes serían China y la India—, sino por su actividad y la conciencia de sus fines. No se ponía, bajo el reinado de Felipe el cretino fanático, el sol en los dominios españoles; pero en ellos no había sino esclavitud y miseria, fanatismo ciego y corrupción en las clases elevadas. Las reinas morían de viruelas, y los reyes de lepra o de aviarios enmascarada. Gonzalo de Reparaz, nos ha pintado con sus lóbregos colores de la escala clásica (la del obsesionado Greco), el reinado de aquellos Austrias, enjuiciados también por hombres tan poco sospechosos de radicalismo como Cánovas del Castillo y satirizados por Villamediana, y antes en el «Gil Blas». En trueque, ahora, cuando España parece sucumbir aniquilada, cuenta con un pueblo valeroso y culto, capaz de reedificar el templo destruido de su libertad y riqueza, en tres días, con un Ejército poderosa y con la conciencia de su misión. Lo que semeja vespertino crepúsculo es aurora, y, muy pronto, los hechos habrán de demostrarlo.

El regreso a la Edad Media, con que sueñan, no ya los incapaces semianalfabetos con aires de letrados, sino escritores como Samuel Butler y G. K. Chesterton, es imposible y lo son más las ilusiones de otros pueblos y sus esperanzas de dominación universal, fracasadas siempre, como los de la Asiria de Sardanápalo, el Egipto de Aménofis III, la Persia de Ciro, la Macedonia de Alejandro y la Roma cesárea.

Gengis Khan, como Saladinó, cual Carlo Magno y nuestro Felipe del Escorial, edificaron, en lo político, soberanos alcáceres sin cimientos; porque la verdadera cimentación de las civilizaciones no está en los ejércitos, sino en las muchedumbres redentas, ni en el oro de los galeones o de las minas, sino en la fecunda actividad productora. ¿Se habrá ya iniciado el ocaso del poderío en la soberbia y armipotente Alemania de Hitler y en la megalómana de Mussolini? De creer es que sí; porque ambas se han propuesto lo mismo que se propusieron los antiguos déspotas, desde Salmanasar Primero: dominar al Mundo, y el Mundo actual no es fácilmente sojuzgable, y menos cuando quienes aspiran a lograrlo ven a sus pueblos en angustiosa penuria y mal disimulada rebeldía. Quien se obstina en tan

(Continúa en la página tercera)

En tercera página;

Sobre la guerra santa

en los cuales se inicia un crepúsculo, precursor de la más imprevista, pero segura ruina"

(Del artículo de Zozaya, "Ocaso de los Imperios")

Otro milagro para la historia

Una mujer desconocida, con un pañuelo negro a la cabeza y los zapatos sucios de barro, le dió el triunfo a Queipo

En el número extraordinario que la revista francesa «Frontières» ha publicado bajo el título de «Espagne rempart de l'Occident», su «amenísimo» colaborador Georges Rotvand, contando entre otras cosas, la sublevación de Queipo en Sevilla, nos da a conocer, de modo que provoca nuestra gratitud—porque somos, aunque no lo parezca, fieles devotos de todas las maravillas—, la forma o «el mi-

lagro» de que se valió el traidor ex general para apoderarse de la ciudad del Guadalquivir. El hecho, de suyo extraordinario, es digno de la máxima divulgación, y aunque se trata de un suceso adverso para nosotros, rindiéndonos noblemente a la verdad, lo reproducimos íntegro. Lean y conserven el tesoro:

«Era el 18 de julio. Sentado en su despacho, con la cabeza entre las manos, el general Queipo de Llano reflexionaba sobre las últimas noticias de Madrid. En Marruecos había comenzado la rebelión. Pero, ¿cómo podría Franco transportar la Legión, sin flota alguna? Sin embargo—pensaba el general—, me sublevaré también. Pero sólo tengo una probabilidad contra mil de éxito.»

Sombriamente, el general daba vueltas en su cabeza a la situación, cuando la puerta se abrió y una mujer desconocida, sin anunciarse, hizo irrupción en el despacho, interrumpiendo sus pensamientos. Era una mujer del pueblo, con un pañuelo negro anudado alrededor de la cabeza. Llevaba los zapatos sucios de barro. Le habló en un extraño lenguaje. «Podéis triunfar. Haced lo que os digo. Todos los jefes de los partidos enemigos están ahora reunidos. Podéis sorprenderlos. He aquí la dirección.» Y le tendió un trozo de papel. El general, ante estas fantásticas palabras, dominaba mal su impaciencia. Y tuvo que hacer un gran esfuerzo para despedir amablemente a la desconocida. «Es una historia ridícula, absolutamente ridícula», dijo en cuanto se hubo marchado. Y volvió a su reflexión. Decididamente, no tenía la menor probabilidad de defender Sevilla sin refuerzos. Habría huelga general, zafarrancho de los milicianos rojos, etc., etc. ¡Ah!, si pudiese apresar a sus jefes; si la desconocida hubiese dicho la verdad. Al fin, se dijo: «Es la única probabilidad.» Y envió a un grupo de hombres de confianza a la dirección indicada. Era verdad. Todos los jefes rojos estaban allí. La extrema izquierda sería decapitada. Y con un puñado de hombres, Queipo de Llano iba a triunfar. Al día siguiente, el general inspeccionaba el populoso barrio de Triana. Uno de sus tenientes le propuso que diese las gracias por la victoria a la patrona de Sevilla. Entraron en una iglesia, y se aproximaron a la imagen de la Virgen. De pronto, el general se detuvo, estupefacto. «Pero... pero... si es la mujer que vino ayer a darme la dirección decisiva», murmuró, mirando a la Virgen de Triana. Su teniente se aproximó a la estatua, y, efectivamente, sus pies estaban manchados de barro.»—Georges ROTVANDER.

Un testimonio fehaciente contra la rebelión

"Cada día que pasa aumentan las posibilidades de victoria para el Gobierno de la República", afirma Knickerbocker

LA VICTORIA DE TOLEDO HIZO DICTADOR A FRANCO, PERO TODAVIA NO HA DICHO LA HISTORIA SI LE HIZO PERDER LA GUERRA

Knickerbocker compara los ejércitos enemigos que combaten en España, y dice:

«El tiempo obra en contra del ejército blanco del «generalísimo» Francisco Franco, en la guerra civil española. Las grandes bajas rebeldes que anuncian los comunicados

vascos, son parte del precio que el general Franco paga ahora por no haber entrado en Madrid.

Su diversión de septiembre al tomar Toledo y libertar el Alcázar salvó las vidas de 1.200 hombres y mujeres de esa fortaleza, pero desde entonces la cantidad de muertos en sus filas es diez veces mayor.

La victoria de Toledo hizo dictador al general Franco, pero todavía la Historia no ha dicho si ella le hizo perder la guerra. Esta opinión, compartida por muchos obser-

vadores militares que presencian los acontecimientos de la guerra civil desde julio hasta la fecha, se basa en hechos relacionados con el número de hombres de ambos bandos y en el carácter de la guerra moderna.»

FRANCO NO PUEDE CONFÍAR, COMO LOS REPUBLICANOS, EN LA RECLUTA DE CAMPESINOS Y OBREROS

«Los legionarios y los moros se (Continúa en la página cuatro)

¡Oh, la caballerosidad de los fascistas!...

Las marquesitas de Falange que buscaban su salvación en un pajar de Brunete

La escena aquella, bajo un sol de justicia, hubiera tenido un marcado sabor de romance característico del pueblo, si no la ilustraran el ronco estertor de las piezas artilleras, el seco bramido de las bombas de mano y el tableteo inconfundible de las ametralladoras y aquel cierto alucinante de injurias del que cae para no levantarse más y el grito de triunfo del que ve coronado su esfuerzo después de una jornada mañanera, envuelto entre pardas nubes de polvo que sabe a dinamita. A no ser por esta extraña sinfonía, la ilusión hubiera sido completa. Los gallardos militares, que juegan al «orri» buscando a las damiselas que se ocultan en pesetres y pajares... Estos son lo único cierto de aquella aventura de Brunete. También había bizarros militares, pero sin peluca, sin calzón de punto, ni charrateras. Eran mozos fornidos, sudorosos, cubiertos de polvo, cortidos los rostros por noches de luna pasadas a la intemperie que, formando patrulla recorrer el lugarejo buscando fugitivos. Llegaron a un pajar:

—Aquí no hay nadie —advirtió uno de los soldados.
—Sin embargo, calad con las bayonetas esos montones —ordenó el jefe de la patrulla...
Fueron mágicas aquellas palabras. La paja empezó a moverse como por arte de magia y una voz medio ahogada por la asfixia, advirtió rápidamente:

—¡Eh! ¡Que estamos aquí nosotros!
Y del acervo dorado surgieron dos figuras de mujer.
Y los soldados del pueblo, estos humildes defensores de la lealtad republicana tan ultrajados por ese cortejo de apolillados pergaminos, descoloridos escudos y vacilantes coronas que son uno de los más firmes puntales de la traición de Franco, dieron un paso atrás, convencidos de aquellas dos «damiselas» no eran gente del lugar. Esta corría ya por las calles recibiendo jubilosos a los pelotones libertadores de la República:

—Salgan, salgan sin miedo... —ordenó el jefe.
—¡Naturalmente!... No creo que nos vayan a comer —dijo una.
—Desde luego. Está el rancho esperándonos ya —exclamó uno de los muchachos.
Aparecieron en la puerta del pajar las dos jóvenes; vestidas con trajecitos ligeros de percal. Rubia, regordeta la una y esbelta y morena otra. Trataron de iniciar un romance. Eran dos labradoras de otro pueblo...

—Perdón, señoritas, esas manos finas tan cuidadas y esas uñas perfiladas y brillantes, no saben de escardar ni se curtierten en los rastros nunca.
Cesó la conversación. Las dos prisioneras tenían el gesto agrio, duro, como ese que ponen los niños voluntariosos sorprendidos por el maestro en una travesura.
Marcharon por las calles en busca del arrabal de salida hasta el puesto de mando.
Fueron atendidas solicitadamente. Eran las tres de la tarde. No habían comido y el hambre, cuando llama, no sabe de jerarquías ni de aristocracias. Devoraron con llana vulgaridad un guisote que les supo a gloria. Después, más tranquilas, dijeron quiénes eran. Dos enfermeras, a los que la rapidez de los acontecimientos imposibilitó evacuar. Todos se quedaron asombrados. ¿Cómo enfermeras si en aquel pueblo no había hospital de sangre? ¿Qué organización o qué caballerosidad la de los fascistas que no tomaron medidas para librarlas a tiempo del cautiverio? ¿Cómo se quedaron las enfermeras y no os heridos que éstas cuidaban? Respuestas vacilantes, gestos de mal-

contenido soberbia, y trallazos del más puro sabor andaluz, para proteger lo que era indefendible:

—Nos han cogido sólo por nuestra culpa. No hicimos caso de la orden de evacuar... Creíamos que era una alarma; miedo, como otras veces.
Salieron de la venta, protegidas, con cierta sorpresa que mal disimulaban las prisioneras, por el respeto que, sólo por el hecho de ser mujeres, merecían a los defensores de la República. Marcharon al cuartel general, succionando afanosas unos limones para que no se resquebrajasen los labios resecos. Era natural. Aquella mañana tan desagradable no habían tenido tiempo de protegerles con el «rouge» de «Caron»...

Abandonemos, por unas horas, a las dos prisioneras en su «tournée» del cuartel general a Madrid, y de aquí a Valencia. Buceemos para concretar la verdadera personalidad de estas dos... enfermeras. Son de rancia alcurnia. En su hogar hay muchos pergaminos. Reunen el condesado de Revertera, y los marquesados de Povar, Marzales, Larios y de Estella. Son algecireñas. Tienen 19 y 20 años. Montan maravillosamente a caballo, juegan al polo, al «tennis», al «bridge», conocen el perfume de los «abdullas» y saben de galgos, liebres, del dorado vino de las vegas gaditanas y de los toros bravos de la tierra. Y además de todas estas «inestimables» cualidades son el puntal más firme del fascismo.

El viejo prócer don Pablo Larios, marqués de Marzales, gentil hombre, grande de España, caballero de todas las órdenes, envió una excelente cosecha a la causa nacionalista. Siete hijas dió para que propalaran las ideas de los Primo de Rivera. Casó a Miguelito con uno de sus retoños, y cedió a su único varón para que engrosara esas huestes de «señoritos» que, convertidos en forajidos por cuadrilla, se dedican desde el aire, a asesinar fría y metódicamente a los niños y mujeres de la retaguardia republicana. Y esta nube de «marquesitas» algecireñas bullen activísimas por toda la zona rebelde organizando suscripciones, festivales, becerradas, para sacar el dinero español y llevar a los frentes, con cierto desenfado varonil, víveres, ropa, vino y tabaco, a moros, italianos y alemanes.

Y así surgen en Brunete. Y allí, en ese momento de pánico irrefrenable que engendra lo incontenible, fueron abandonadas por la turba «honorable» de los de «¡Arriba España!»...

Hemos vuelto a ver a las dos «damiselas» de Brunete, en esta maravillosa posesión que les sirve de encierro. Amplias avenidas, poéticos emparrados, fuentes rumorosas; pinares espléndidos; comida sana y abundante, habitaciones ventiladas, con sol y sin rejías... Así trata la República a sus enemigos. Sin querer, recordamos los miles de mujeres amontonadas en inmundos calabozos por el sólo hecho de simpatizar con el Régimen. Al esperar a estas dos «enfermeras», sin querer, como una obsesión alucinante, recordamos aquellas 16 infelices y las 11 desventuradas que, sin piedad, monstruosamente, fueron pasadas a cuchillo por las turbas del verdugo Yagüe al mismo pie de las camas, curando a sus heridos en los hospitales de Toledo y Talavera.

Avanzan por la amplia galería, serenas y confiadas. Esta rubia bajita, regordeta, de amplio rostro, ojos azules y ceño dominante, es María Luisa Larios y Fernández de Villavicencio, «condesita» de Revertera: 19 años. La otra, alta, morena, de cara apacible, es María Isabel Larios y Fernández de Villavicencio.

«marquesita» de Povar: 20 años.

La primera viene perfilada, empolvada, depiladas las cejas, pintados los labios... La otra, limpia, pero sin retoque, con cierto desaliño mañanero... ¡Bah! Ya está bien para recibir a unos «rojos». No pierden el empaque. No quieren olvidarse de los pergaminos, del escudo y la corona. Hablan desdeñosas, con gesto altivo, y haciéndonos de vez en cuando la donación de un mohín que quiere ser una sonrisa... Hablan y discuten como si estuviesen en un mitin de Falange. Callan cuando no tienen respuesta adecuada. Son dos excelentes damas jóvenes que, como en las comedias, para no fracasar ante «su público», sostienen el tipo hasta la escena final de la alta comedia que representan.

Insistimos machaconamente:
—Desde luego, nunca creímos otra cosa —dice la «condesita» de Revertera—. Desde la escena del pajar hasta este momento, hemos sido objeto de toda clase de respetos. Nadie nos ha molestado. Comemos bien, nada nos falta de lo necesario y en ningún momento se nos ha vejado.

—¿Es así como creían ustedes que la República trata a sus prisioneros? —les preguntamos.

—Desde luego —contesta rápidamente la de Revertera—. No podía ser de otra manera; al fin y al cabo, todos somos españoles.

—Entonces, ¿por qué esas patrañas de que asesinamos a cuantos enemigos caen en nuestras manos? —insistimos.

—¡Bah! —dice desdeñosa la de Povar— eso son vicios de la propaganda que nos ha envenenado a todos.

—Y, ¿qué les parece a ustedes todo esto?

—Que la guerra es monstruosa, horrible —dice con tristeza la de Povar.

—¿Están ustedes tan convencidas ahora de quién tiene razón?

—¡No, no! —salta ceñuda la de Revertera—. Nosotras no renegamos de nuestras convicciones.

—Ya, ya. Hasta el final, como en las comedias... Pero esta comedia, más bien tragedia horrible, tarda en finalizar...

—Tiene usted razón. El desenlace no lo vemos, tarda de una manera inquietante —dice la de Povar, mirando inquieta en todas direcciones...

No quieren hablar más. Se sienten cohibidas, comienzan a flaquear en las «escenas» comprometidas. Hay que dar fin a la entrevista.

—Vean ustedes cómo las trata la República. Nosotros, los «rojos» tenemos otra clase de sensibilidad.

—Ustedes, como los demás —replica desdeñosa la de Revertera...

—Perdón, «señorita». Nosotros hemos hecho prisioneras a dos «enfermeras» en Brunete, y aquí están disfrutando de un plácido recogimiento... Los moros de Yagüe y Varela cogieron a 27 enfermeras dentro del sagrado recinto de los hospitales de Toledo y Talavera, y las cortaron la cabeza junto a las camas de los heridos. El procedimiento es muy opuesto. Habría que oír la angustia y la indignación del «venerable», marqués de Marzales, si nosotros hubiésemos tenido con sus hijas la misma «delicada atención».

Las dos «damiselas» bajan los ojos, empalidecen sus rostros hasta lo infinito, tiemblan sin dominio sus manos largas y cuidadas, y se inclinan ceremoniosas...

—A los pies de ustedes, «señoritas»...

—¡Salud, camarada...! —nos contestan.

Y las dos, vacilantes, cogidas por la cintura, desaparecen por la ancha galería.

Los españoles que están fuera de España se solidarizan con nuestra lucha por la independencia y la libertad de la patria española

El fascismo, forma actual de la más vieja reacción sigue en todas partes la misma táctica. Asesina a sus adversarios o los sitia por hambre. En los países donde no se ha establecido oficialmente, realiza una lucha solapada y sorda contra los hombres de espíritu libre. Dificulta su trabajo, pone obstáculos en su camino, espera la ocasión propicia para dejarles en mitad de la calle.

El gran capitalismo del mundo entero, si no es fascista se solidariza con el fascismo, en el que ve su más poderoso auxiliar.

Pero en todas partes también, hay hombres de honor que saben despojarse del bienestar y de la tranquilidad para luchar abnegadamente con los representantes del feudalismo, enemigo del progreso y de la cultura. España es precisamente el país donde los nietos de Don Quijote pelean con la vida dura de los que se niegan a doblar el espino, antes que abdicar de la dignidad humana. Cada día nos llegan noticias de nuevos casos de españoles lealísimos que renuncian a sus puestos de trabajo por disparidad con sus amos fascistas, amigos del traidor por autonomía, Francisco Franco.

En el consulado general de España, en Manila, se han recibido dos cartas de nuestro compatriota don Pío Brun, perseguido y vejado por su lealtad a la República Española. Dice una de ellas:

«Con fecha tres de los corrientes he dirigido una carta al administrador de «La Flor de la Isabela», afecto a la Compañía General de Tabacos de Filipinas, en la que presentaba mi dimisión como empleado de la misma. He aquí el texto de la carta: «Sr.: Me voy. Y me voy, porque hay cosas que pugnan con mi carácter y mi propia estimación. Yo no debo ni puedo, ni quiero seguir prestando mis servicios en una

casa en la que el hecho de mantener una actitud de inquebrantable lealtad al legítimo Gobierno de la República española, que es una actitud digna y decorosa, sea motivo para que, personalmente, se me hostilice de manera sorda hasta tanto llegue la oportunidad de echarme. Les voy a economizar ese trabajo dejando el mío desde este momento. Es absolutamente incompatible mi actitud con la suya. Y yo en nada puedo colaborar con los enemigos de mi Patria. Atentamente.»

Pero el autor de esta carta, no sólo renuncia, con desdén magnífico a su puesto de trabajo, y con ella a la vida ordenada y cómoda, sino que lleva su patriotismo al extremo de poner en marcos del Gobierno a los dos sus ahorros para contribuir a la lucha que el pueblo mantiene en defensa de la independencia de España. Ha conocido bien al enemigo y quiere, a través de la distancia enorme que les separa de los frentes de batalla, contribuir a su aplastamiento definitivo.

La segunda carta, dice así:

«Al renunciar a mi empleo en la Compañía General de Tabacos de Filipinas, he dejado en la Dirección de la misma en Barcelona, todas las economías hechas por mí durante los tres años en que estuve empleado en ella. No puedo precisar la cantidad a que asciende, pero sí sé que son varios miles de pesetas. Autorízole a usted, señor vicecónsul, para que haga las gestiones oportunas, a fin de que dicha cantidad sea entregada íntegramente al Gobierno de España y lo emplee en su lucha contra el fascismo.—Aprovecho la oportunidad para saludarle y reiterarle nuevamente. Suyos atentamente...»

Don Pío Brun siente vergüenza de los moros, italianos y alemanes y demás enemigos de España, que invadieron nuestro territorio.

El asesinato de Angel Vera Coronel, gobernador civil de Zaragoza

SARINENA. — Llegó a nuestro conocimiento la noticia de que había sido fusilado en Zaragoza el gobernador civil de aquella provincia cuando estalló el movimiento revolucionario, don Angel Vera Coronel.

Buscamos a quienes, según referencias traían la nueva y, en efecto, logramos hablar con tres muchachos procedentes de Zaragoza. Nos han afirmado que el señor Vera Coronel fué fusilado en aquella ciudad el día 23, en unión de 22 republicanos y socialistas.

«El gobernador civil, y creemos que su sobrino, José María, de quien desconocemos el apellido, han sido fusilados por los fascistas en la madrugada del 23 al 24 de este mes. No sabemos por qué se les ha matado, después de un año de tenerlos en la prisión.»

Conocida esta noticia, haremos una ligera relación de la trágica odisea del señor Vera Coronel, detenido a las dos de la madrugada del día 20 de Julio de 1936.

Estuvo en la sala de recepciones de Capitanía general en unión del malogrado don Manuel Pérez Lizaso, presidente de la Diputación, el que se detuvo a las tres de aquella madrugada, y fué asesinado de un pistoletazo en el pecho.

Vera Coronel estuvo aislado en la cárcel durante dos meses.

Una mañana se les llamó y les llevaron a trabajar en la construc-

ción del aeródromo de Garrapinillos, dedicándolos a los trabajos más duros. Los guardias de Asalto que custodiaban a los presos se ensañaban con él y con el ilustre escritor comunista Fernando Mora, redactor de «Heraldo de Aragón» periódico que quedó sin redactor porque todos fueron fusilados.

Durante muchos meses Vera Coronel estuvo sometido a trato inhumano, y nadie ha podido averiguar por qué no lo mataron hasta este momento.

Transcurrieron los meses sin que se tuvieran noticias del gobernador de Zaragoza. Por radio se supo que la familia de Vera Coronel preguntaba desde Elche por su paradero. Nadie contestó y los facciosos zaragozanos hicieron burla y escarceo sangriento de la anhelante petición de informes.

Centenares de conocidos del gobernador fueron fusilados, y él tenía conocimiento de tan terrible sacrificio, pudiendo creerse que esperaba igual fin.

Entre los elementos de izquierda de Zaragoza se afirmaba que a Vera Coronel le amparaba el general Cabanellas, por pertenecer a una orden que actúa secretamente.

Por último Vera Coronel ha perecido en la madrugada del 23 al 24 de Julio, sin que hasta ahora conociéramos la sin razón de su fusilamiento, en unión de veintidós mártires de la República.

Sobre la guerra santa Ocaso de los Imperios

(Continuación)

“O la cristiandad se rehace por medios cristianos, o se deshará por completo”

Jacques Maritain, el ilustre escritor católico, publica en «La Nouvelle Revue Française» un interesante ensayo que titula: «De la guerre sainte». Maritain no ha sido, ni es, un simpatizante con la causa del pueblo español. Por ello precisamente las reflexiones y comentarios que le sugiere el calificativo de «guerra santa» con que los rebeldes intentan justificar su traición son para nosotros más valiosos y significativos.

Extractamos a continuación los párrafos de contenido sustancial de su trabajo:

«Hay muchas gentes que piensan que desde el punto de vista cristiano no deben hacerse ciertas cosas, «pero...» Y es precisamente este «pero» el que el diablo emplea para trazar su camino.

Olvidase que el mal sigue siendo el mal, que el horror consumado queda ya consumado, y que la desesperación de los hombres y su dolor, una sola lágrima y un solo grito arrancados por la injusticia, pueden ser compensados con creces (para eso murió Jesús), pero no puede borrarse, no serán nunca borrados. ¡Nunca!

Se olvida que los errores y las faltas, las mentiras, las crueldades, las cegueras, y todo el aparato «realista» de medios pecaminosos ordenados «para fines buenos», a que se resigna uno con la satisfacción que un espíritu halla en su propia superioridad, son principalmente y ante todo los que han conducido a la cristiandad a lo que hoy es y al espectáculo de la desgracia universal que nos ofrece la civilización. O la cristiandad se rehace por medios cristianos, o se deshará por completo.

Este problema de los medios tiene una importancia absolutamente trascendental, compromete toda «moral»; es toda la moral. Y en este sentido, precisamente, el cristianismo, si no quiere abdicar, habrá de afirmar de la manera más aguda su naturaleza contra las doctrinas de fuerza para las que son buenos todos los medios, y que lo demuestran avanzando con éxito por el camino de la muerte.»

«El que a la guerra civil —guerra social, guerra política, guerra de clases, guerra de intereses internacionales y de intervenciones internacionales— se le haya dado en España un carácter más, el de una guerra de religión, es un hecho que se explica por circunstancias históricas, y que contribuye a agravar el conflicto; pero que no basta para transformarlo en una guerra santa, en una guerra consagrada a Dios.

El P. Menéndez-Rejada D. P., en su obra «La guerra nacional española ante la moral y el derecho», publicada en Salamanca, afirma que «la guerra nacionalista española es una guerra santa y la más santa que registra la Historia», y justifica este acerto diciendo que en la guerra actual están en juego la existencia misma de toda religión, natural o positiva, y la del fundamento natural de la sociedad. Séanos permitido dudar que la Providencia no disponga de otro medio para salvar estas bases primordiales de la vida humana más que la victoria de los nacionalistas españoles y sus aliados. En todo caso, el razonamiento en cuestión tendería a probar que se trata de una guerra justa, mas no de una «guerra santa», en el sentido propio que la filosofía de la historia y de la cultura debe reconocer a esta palabra.

Una fría resignación a la fatalidad mortífera y a todo aquello que el hombre hace «porque la guerra es la guerra», pesa más en el acontecimiento que en el fervor religioso.

Por su esencia, la guerra forma parte de las cosas que pertenecen al César; es, por excelencia, algo temporal, puesto que conmueve hasta lo más hondo —hasta el sacrificio de los hombres— la ciudad tempo-

ral; toda guerra lleva implícitos intereses políticos y económicos, odios de la carne y de la sangre. No obstante, en una civilización de tipo sacro, esta misma carga terrestre podría desempeñar un papel «instrumental» en atención a fines espirituales que tuviesen realmente primacía, no digo ya en las intenciones de los corazones solamente, sino en el movimiento objetivo de la Historia. Cuando los cruzados, ávidos y ambiciosos, se ponían en camino para rescatar la tumba de Cristo, esta finalidad religiosa atraía realmente a ella todo lo demás y la calificaba realmente.

Sin embargo, aun entonces, dada la manera de realizarse y las impurezas que arrastraba, ¿gustaba la guerra a Dios tanto como se pensaba? En último término las cruzadas fracasaron en cuanto a su objetivo esencial.

Con respecto a formas de civilización como las nuestras, en que, según se desprende de las enseñanzas de León XIII sobre esta materia, lo temporal está perfectamente diferenciado de lo espiritual y es autónomo para lo sucesivo, la guerra santa pierde toda su significación.

La España de Franco recibe ayuda de la Alemania nacionalsocialista, que persigue a los católicos, y de la Italia fascista, que está abierta a ideologías y corrientes históricas que se proponen cosas muy distintas a ayudar a la expansión del reino de Dios, y cuya inspiración es absolutamente política e imperialista. En el programa de F. E. se dice: «La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión ni actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado.»

«Justa o injusta, una guerra contra una potencia o una guerra contra conciudadanos, es, necesaria y esencialmente, lo que es en sí y por esencia; algo profano y no sagrado; no solamente algo profano, sino algo abierto al pecado del mundo de las tirieblas. El hecho de que puedan encontrarse enfrentados valores sagrados, no hace santo ni sagrado este complejo profano; por el contrario, esos valores quedan secularizados y son llevados a sus finalidades temporales. La guerra no se convierte en santa; más aún, lleva consigo el peligro de hacer blasfemar lo que es santo. Y los medios abominables que hace suyos la llevan de modo inevitable a semejante resultado. Supone también el riesgo de llevar los odios antirreligiosos a un paroxismo sin remedio. Si desde algunas iglesias, unos imprudentes tiran sobre el pueblo, éste, por instinto, se sentirá inclinado a aniquilarlas todas, y si unos sacerdotes invitan a sus fieles a la violencia, todos los sacerdotes serán considerados enemigos públicos.

En la jerarquía de los medios, la guerra está lejos de ser el más elevado, y en virtud del axioma «el orden de los medios corresponde al orden de los fines», la Historia temporal condena a las cristiandades a emplear todo un mundo de medios antes que la guerra.

A propósito de la guerra, el reverendo padre Gerald Vann, escribía hace poco: «El cristianismo no florecerá por el suicidio de los cristianos, ni siquiera suponiendo que saque provecho del homicidio de los no cristianos. Y ¿qué ocurre en el caso de una guerra civil, en que el mantenimiento de la religión fuera el objetivo de una de las partes? ¿Podremos, ante hechos contemporáneos que se imponen a nuestra atención, ser ciegos para ver la imposibilidad de conservar la pureza de semejante causa, para que no se mezclará con fines menos dignos? ¿Nos empeñaremos en no tener presente el inevitable peligro de un conflicto mundial, de consecuencias diferentes a las previstas en un

principio, y la conclusión inevitable, el caos y la anarquía?»

Los medios propios del reino de Dios no son ni la fuerza de las armas ni la sangre derramada. ¡Que se invoque, pues, si se la cree justa, la justicia de la guerra que se hace, pero que no se invoque su santidad! ¡Que maten, si creen que deben matar en nombre del orden social o de la nación, lo cual es bastante horrible; pero que no maten en nombre de Cristo-Rey, que no es un jefe de guerra, sino un Rey de gracia y caridad, muerto por todos los hombres, y cuyo reino no es de este mundo. («Si mi reino fuese de este mundo, mis servidores habrían combatido para que yo no fuese entregado.») Los habitantes de una idea negaron a recibir a Jesús y viendo esto sus discípulos Jacob y Juan, dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?» Entonces, volviéndose El, les reprendió diciendo: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las vidas de los hombres, sino para salvarlas.»

Pío XI, en su discurso de septiembre, dijo:

«¡Dios mío, la guerra, aun en la menos triste de las hipótesis, es siempre algo terrible e inhumano. ¡El hombre busca al hombre para matarlo, para matar el mayor número, para dañarle, así como a todo cuanto le pertenece, con medios cada vez más potentes y más mortíferos! ¿Y qué decir cuando la guerra es entre hermanos?»

«La introducción del mito de la guerra santa en los conflictos presentes que sufre Europa, sería una calamidad irreparable. Al crear aquí heridas morales y resentimientos incurables en lo que atañe a la religión, favoreciendo con ello una alteración interna y una a manera de islamización de la propia conciencia religiosa, este mito asestaría al cristianismo los más duros golpes. Y, por un efecto inevitable de la miseria humana, ¿qué haría sino multiplicar por todas partes el sacrilegio?»

«Dios me guarde de pronunciar aquí ni una sola palabra que pueda herir a una sola alma de buena fe! De hombres que se escandalizan porque no se considera su guerra como una guerra santa, he recibido cartas de insulto que me importan poco. Pero he recibido también cartas de dolor, que me han afligido. Sin embargo, lo que es, es.»

Maritain no oculta su indignación por los excesos cometidos por elementos incontrolables de la zona leal, en los momentos en que la defección militar privó al Gobierno de la casi totalidad de medios coercitivos, y le impidió sancionar debidamente las trasgresiones de la ley, pero se indigna más todavía por los atropellos cometidos por los que a sí mismos se llaman defensores del orden y de las instituciones seculares. Claramente se desprende de las palabras con que censura a estos últimos:

«Es un sacrilegio horrible matar crudemente a pobres —si son «marxistas», son también el pueblo de Cristo— en nombre de la religión. Es otro sacrilegio —de forma religiosa— cubrir a los soldados musulmanes con imágenes del Sagrado Corazón para que maten santamente a hijos de cristianos, y pretender enrolar a Dios en las pasiones de una lucha en la que se considera al adversario como indigno de todo respeto y de toda piedad. No es menos sacrilegio fusilar, como en Badajoz, a centenares de hombres, para festejar el día de la Asunción, o aniquilar con bombas de aviación, como en Durango —porque la guerra santa odia más ardientemente que la infiel a los creyentes que no la sirven—, las iglesias y el pueblo que las llenan, y los sacerdotes que celebran los misterios; o, como en

disparatado intento, verá derrumbarse su poder y tendrá que volver a los tiempos en que Fichte pronunciaba sus «Discursos a la Nación Alemana», escuchando los estampidos de la artillería francesa en las puertas de Berlín y a aquellos otros en que el Conde de Caserta y Pío Noveno se aterraban ante las victorias del rebelde impio Garibaldi.

En cuanto a Inglaterra... ¡Qué tristeza! La reina de los mares, la poseedora de los más extensos dominios, la Albión adusta que ejercía el arbitraje en todos los internacionales problemas, viendo cortadas sus comunicaciones con las colonias, sitiados Gibraltar, ocupado por otra Nación el Mediterráneo, amenazado su propio suelo, mal disimulado su terror, halagando a sus propios verdugos, sacrificando la causa de España, que es la de la Paz y la Civilización, a sus miedos cervales... ¡Qué espectáculo tan lamentable! Es el ocaso de una grandeza que se va, como el cabello del vejete, que se obstina en cubrir su calvicie con una peluca rubia ondulada y en disimular, sin lograrlo, su carraspera crónica y su pesado caminar claudicante.

No: eso no. Vale más ser la España despedazada, regada con sangre y con lágrimas, combatida por todos, pero superando a todos en gallardía, en el ardor de su frente soñadora y en el latido de su corazón juvenil.

ANTONIO ZOZAYA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

Guernica, una ciudad entera con sus iglesias y sus tabernáculos, se gando con ametralladoras a las pobres gentes que huían.

Pensando en aquellos que se escandalizan de la protesta de cierto número de católicos franceses con esta destrucción, hago constar también que éstos repudian todo bombardeo de ciudad abierta, proceda de donde proceda. Si la aviación roja destruye algún día, con arreglo a los principios de la guerra total, una ciudad de la zona blanca —como la aviación alemana destruyó Guernica— no dejarán tampoco de elevar su protesta.

«Empiezan a llegar testimonios del terror blanco, y lo que se conoce hasta ahora, hace pensar que éste alcanza un nivel de crueldad y desprecio a la existencia humana, de una rara elevación. Pero, ¡cómo! Se combate en nombre de la guerra santa, que se lleva a cabo bajo los signos y estandartes de la religión; pero la cruz de Jesucristo brilla como un símbolo de guerra sobre la agonía de los fusilados; y ni el corazón del hombre, ni su historia, pueden soportar esto. Un hombre que no crea en Dios, puede pensar: «Si bien se mira, ese es el precio de la vuelta al orden, y un crimen bien vale otro.» Un hombre que cree en Dios sabe que no hay desorden peor. Es como si los huesos de Cristo —que no pudieron alcanzar los verdugos del Calvario— hubiesen sido rotos sobre la cruz, por los cristianos.

Es posible que en España toda guerra tienda a convertirse en guerra santa: en este sentido, la frase «guerra santa» ya no designa cierta cosa de una naturaleza objetiva determinada, sino que se refiere a una disposición del temperamento histórico de un pueblo. Pero, entonces, será preciso decir que los milicianos hacen también su guerra santa. Y por respetables que se

consideren los sacrificios de los nacionalistas, ¿quién se atrevería a hablar sin respeto de los sacrificios heroicos de que España ha dado ejemplo en el lado gubernamental?

En la consideración de las causas y condiciones objetivas del conflicto, y en la de la justicia, es donde reside el criterio de apreciación de una guerra. Lo que sucede es que una de las plagas espirituales de la guerra civil, sobre todo cuando se refuerza con el mito de la guerra santa, consiste en no dejar ver a un campo más que los errores y los defectos del otro.

El mito de la guerra santa representa un grave peligro para la civilización. Los hombres que desean realmente la paz y el bien de la civilización, deben esforzarse en proteger los ánimos contra el mito, para salvar de la ruina de una guerra universal lo que todavía subsiste de la cristiandad histórica y los gérmenes de una nueva cristiandad.

Lo que pide la paz del mundo no es la oposición de una ideología a otra ideología; es un trabajo de inteligencia concreta que permita a los Estados y fuerzas históricas existentes que se soporten mutuamente sobre el camino del tiempo.

La guerra que se libra en España es una guerra de exterminio; Tienen, no solamente a arruinar por completo a la nación española, sino también a provocar un conflicto universal; en todas partes exaspera pasiones que no perdonan.

Cualquiera que sea el alcance y la interpretación que se den a las palabras de Maritain, es indudable que envuelven una condenación de la guerra y de su calificativo de «santa», inventado por los rebeldes para cubrir sus apetencias de riqueza y de dominio.

Las gentes de Franco que provocaron la guerra de invasión no pueden ser disculpadas por nadie, y menos por un católico culto y sincero.

Los fascistas obligan a sus prisioneros a trabajar en las fortificaciones y luego los asesinan

GIBALTAR.—Se sabe por conducto fidedigno, afirmado además por los evadidos de los pueblos próximos en poder del fascismo, evadidos que continúan llegando en gran cantidad y sin interrupción, que los rebeldes de dichos pueblos obligan a los prisioneros republicanos y a los elementos civiles que detienen como desafectos o sospechosos, a trabajar en las fortificaciones que se vienen construyendo, bajo la dirección de técnicos italianos y alemanes, en el campo de Gibraltar.

Al cabo de un tiempo determinado, y para evitar la posibilidad de una evasión, en cuyo caso descubrirían los trabajos de sus verdugos e indicarían el lugar donde se halla emplazada la artillería, los fascis-

tas obligan a estos prisioneros a trabajar en las fortificaciones, y luego los asesinan.

El día 21 del mes corriente mataron a sesenta hombres. Sesenta de estos prisioneros, venidos por el duro trabajo y el hambre, pues la comida que se les proporciona es escasa, encontraron la muerte, como «premio» a su trabajo.

Algunos, sin embargo, consiguieron escapar, y llegan a esta plaza. Por ellos se sabe la verdad de cuanto ocurre en la zona fascista. Confirman todos la actividad de alemanes e italianos en los alrededores del Peñón, y hablan de las penalidades que sufren los presos del terror espantoso que impera en estos pueblos esclavizados por el fascismo.

Un testimonio fehaciente...

(Continuación)

utilizaron en las luchas de asalto, en forma tan continuada que perdieron más de la mitad de sus fuerzas. Al mismo tiempo, Franco trató constantemente de llenar los claros de la Legión con moros y reclutas recientemente incorporados. El ejército regular sufrió, por lo menos, una tercera parte de bajas. Los requetés, que llevan las boinas rojas, son las mejores tropas auxiliares, y sus hombres sirven más que los milicianos fascistas.

Aparte de los italianos y alemanes, el ejército del general Franco no aumentó numéricamente desde el 16 de octubre, después de tres meses de lucha. Sus reservas actuales en el territorio rebelde, que comprende la mitad de España, deben de ser tantas como la de los republicanos. Pero el general Franco no puede confiar en los campesinos y obreros como los republicanos pueden hacerlo.

Contaba con que los italianos y alemanes le darían las suficientes tropas entrenadas para ganar la guerra, después que no pudo materializarse la rápida victoria.

EL MEJOR ENTRENAMIENTO DE LOS REPUBLICANOS ES EL TIEMPO QUE YA LLEVAN DE GUERRA.

«El Gobierno parece contar con mayor número de hombres que los rebeldes, pero una buena parte de ellos están terminando su entrenamiento. La milicia republicana empezó sin ningún entrenamiento, pero los veteranos más antiguos tienen ya nueve meses de la mejor preparación para la guerra... que es la guerra misma.

Hoy día, los oficiales rebeldes más sensatos admiten lo que antes no hubiesen jamás admitido: que los republicanos son, hombre a hom-

bre, tan buenos soldados por lo menos como cualquier rebelde. Cada día será más difícil vencerles.

Desde que los ejércitos republicano y blanco se han equiparado en entrenamiento y equipos, esta guerra está demostrando, más y más, la supremacía de la defensa sobre el ataque.

Las pérdidas más severas las sufren los atacantes. Son diezmados por las ametralladoras, y contra éstas sólo hay tres métodos de lucha: primero, mediante constantes y persistentes ataques de infantería, cla-

tras ola, sin pararse en pérdidas, pero siempre que alguien llegue y mate al que hace funcionar la ametralladora; segundo, con tanques, y tercero, con artillería.

Ninguno de los dos bandos tienen suficiente número de hombres para usar el primer método, y los tanques han causado un gran desencanto, por el desarrollo de los cañones contratanques, que ha llenado los campos de batalla de España con estos artilugios inutilizados.

Si la ayuda a Franco ni persiste ni se incrementa, su desventaja se acentuará.

Hitler y Mussolini, y las naciones democráticas, tienen la palabra

El proletariado universal se solidariza con el pueblo español

NUEVA YORK.—Con motivo del aniversario de la rebelión fascista en España, se organizó en esta capital una manifestación en honor del heroico pueblo español y de su Gobierno legítimo.

Asistieron a ella más de veinte mil personas. La manifestación se congregó en Marison Square Garden, donde se celebró un mitin de unidad de acción a favor de la República española.

Hicieron uso de la palabra los oradores siguientes:

Earl Browder, secretario general del Partido Comunista; Norman Thomas, por el Partido Socialista; Ferry O'Connell, diputado demócrata liberal; doctor De la Casa, encargado de Negocios de la Embajada Española; el leader negro Angelo Herndon; el comandante Humberte Galliani, del batallón Garibaldi; y el doctor Edward Borski, jefe del hospital americano en España.

En el acto, todos los oradores coincidieron en hacer las peticiones

siguientes, que apoyaron decididamente los concurrentes:

Que se modifique la actitud de los Estados Unidos con respecto al Gobierno español.

Que la «neutralidad» observada hasta ahora, sea reemplazada por el apoyo activo a España republicana; y

Que se embarguen las armas que vayan destinadas a Italia y a Alemania.

Earl Brown habló de la política que han seguido los Gobiernos democráticos durante el año transcurrido, calificándola duramente y dijo que quienes hablan de tradiciones democráticas han sido los primeros en traicionar a la España democrática.

El orador pidió que se ponga en acción una verdadera solidaridad internacional para asegurar la victoria sobre el fascismo mundial.

Las peticiones formuladas y aprobadas, fueron teleografiadas al Presidente Roosevelt.

Como hace Alemania el transporte de material de guerra a los rebeldes españoles

Unas veces los trenes van protegidos por aviones y se finge que pertenecen al Gobierno y han sido apresados; otras veces se les cambia de nombre

PARIS. — Por noticias llegadas de Hamburgo se van conociendo los procedimientos que se emplean en Alemania para transportar material de guerra a los facciosos españoles, protegidos y aliados del nazismo en la obra de destrucción y conquista de España.

La organización de este servicio es burda, aun que sirve para escapar del control internacional.

Embarcan el material en barcos alemanes, que muchas veces van mandados por oficiales de la marina de guerra alemana, y protegidos por aviadores de aquella nacionalidad, con los que se está constantemente en contacto por medio de la T. S. H.

Unas veces se dice, cuando el buque ha llegado a su destino, que se ha apresado un buque del Gobierno legítimo cargado de armamento para justificar así la llegada, y otras veces se finge que ha entrado un buque de país no sometido a las obligaciones del control, para lo cual se cambia el nombre al buque alemán.

En el mes de abril, el paquebote alemán «Amabienburg» salió de Hamburgo, para Vigo, cargado de material de guerra. Mandaba el buque un oficial de navío. Hasta que penetró en el puerto estuvo en

comunicación con los aviadores alemanes que lo protegían por medio de la T. S. H. Poco antes de entrar subió a bordo un piloto de nacionalidad española, que se destacó del mismo «Vigo», para que apareciese bajo su mando, y al día siguiente todos los periódicos fascistas de Vigo y de otras poblaciones, decían que «un nuevo barco bolchevique, cargado de material de guerra, había sido capturado y conducido al puerto de Vigo».

En la primera semana de marzo, regresaba a Hamburgo el «Amabienburg» para emprender el día 15 otro nuevo viaje. Pero ahora se llamaba «L'Aeme» y llevaba bandera de Panamá, país que, como se sabe, no forma parte en el Comité de No Intervención y, por lo tanto, no está sometido a las obligaciones del control internacional.

También se ha comunicado desde Hamburgo que los depósitos de bombas para la aviación facciosa de España están en Rotenburgo, población cercana en la ruta de Bremen.

Este Boletín se reparte gratuitamente

Carta Encíclica de Pío XI sobre la situación de la Iglesia Católica en Alemania

(Continuación)

nudo oscuro, de donde sobresale en perspectivas de mayor relieve la pedagogía salvadora del Eterno, advirtiéndolo, amonestando, hiriendo, levantando y beatificando por turno a sus elegidos. Sólo la ceguera y el orgullo pueden cerrar los ojos ante los tesoros de enseñanza salvadora que guarda el Antiguo Testamento.

Quien quiera ver expulsadas de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y la sabiduría de las doctrinas del Antiguo Testamento, blasfema el Nombre de Dios, blasfema el plan salvador del Todopoderoso y erige un pensamiento humano estrecho y limitado en juez de los designios divinos sobre la historia del mundo. Reniega la fe en Cristo verdadero, tal como apareció encarnado, en el Cristo que recibió su humana naturaleza de un pueblo que iba a sacrificarlo. Permanece sin comprenderlo ante el drama universal del Hijo de Dios, que oponía al sacrilegio de sus verdugos la divina acción sacerdotal de la muerte redentora, dando así, en la nueva alianza, cumplimiento, término y coronación a la antigua.

El punto culminante de la Revelación alcanzado en el Evangelio de Jesucristo, es definitivo y obliga para siempre. Esta revelación no conoce complemento alguno aportado por mano de hombre; no admite tampoco el ser preterida o reemplazada por arbitrarias «revelaciones» que ciertos portavoces del tiempo presente pretenden hacer derivar de lo que ellos llaman el Mito de la Sangre y de la Raza. Desde que Cristo, el Ungido del Señor, ha cumplido la obra de la redención, y rompiendo el reino del pecado, nos ha merecido la gracia de convertirnos en hijos de Dios, desde ese tiempo, ningún otro nombre bajo el cielo ha sido dado a los hombres para que pudieran salvarse, más que el Nombre de Jesús (Act. IV, 12). Ningún hombre, aunque toda la ciencia, todo el poder, toda la fuerza exterior del mundo hubieran encarnado en él, podría colocar otro fundamento que el que fué ya colocado: Cristo (I Cor. III, 11). El que, con un desconocimiento sacrilego de las diferencias esenciales entre Cristo y la criatura, entre el Hombre-Dios y los hijos de los hombres, se atreve a alzar a un mortal, aun el más grande de todos los tiem-

pos, al lado de Cristo, más aún, sobre él o contra él, merece oírse decir que es un profeta de la nada, al cual se aplica la terrible palabra de la Escritura: «El que habita en los cielos se burla de ellos.» (Ps., II, 4).

LA VERDADERA FE EN LA IGLESIA

La fe en Cristo no sabría mantenerse pura y sin mezcla si no estuviera protegida y sostenida por la fe en la Iglesia, «Columna y fundamento de la Verdad» (I Tim, III, 15). Es el mismo Cristo, Dios eternamente bendito quien ha erigido esta columna de la fe. La orden que ha dado de escuchar a la Iglesia (Mat., XVIII, 17), de acoger en las palabras y en los mandamientos de la Iglesia sus propias palabras y sus propios mandamientos (Luc, X, 16), obliga a los hombres de todos los tiempos y de todos los países. La Iglesia fundada por el Redentor es una, la misma para todos los pueblos y para todas las Naciones. Bajo su cúpula, que, como el firmamento, recubre la tierra entera, hay una patria para todos los pueblos y todos los idiomas, un lugar para el desarrollo de todas las cualidades particulares, de todas las ventajas, de todas las tareas y vocaciones concedidas por el Dios creador y Salvador tanto a los individuos como a las comunidades étnicas. El corazón maternal de la Iglesia es bastante grande y bastante generoso para ver en el desarrollo permitido por Dios de esos caracteres y esos dones propios a cada uno, la riqueza de la variedad más que el peligro de las divergencias. Se regocija ante las superioridades espirituales de individuos y pueblos. Ve con alegría y orgullo maternales los frutos de educación y de progreso que Ella bendice y estimula, donde puede en conciencia hacerlo. Pero Ella sabe también que a esta libertad le han sido trazados límites por la majestad del mandamiento Divino que ha querido y fundado esta Iglesia esencialmente una e indivisible.

Quien toca a esta unidad y a esta indivisibilidad le quita a la Esposa de Cristo una de las diademas con que Dios mismo la ha coronado. Sujeta su estructura divina, que descansa sobre cimientos eternos, a las críticas y los retoques de arquitectos a quienes el Padre de los Cielos no autorizó para construir.

La divina misión de la Iglesia que, actuando entre los hombres, está obligada a actuar a través de ellos, puede ser dolorosamente oscurecida por esa aleación humana, demasiado humana, que sin cesar y sin cesar renace, desarrollándose como la cizaña entre el trigo del Reino de Dios. Quien conozca la palabra del Salvador sobre el escándalo y los escandalosos, sabrá el juicio que la Iglesia y con Ella cada uno de sus hijos deben formar acerca de lo que es y de lo que fué un pecado. Pero el que, a la vista de esos condenables desacuerdos entre la fe y la vida, entre la palabra y los actos, entre la conducta exterior y los sentimientos in-

teriores en individuos —por numerosos que sean—, olvida o sigila voluntariamente la suma enorme de virtudes auténticas, de espíritu de sacrificio, de amor fraternal, de heroicos impulsos hacia la santidad, ese da pruebas de una ceguera y una injusticia deplorables. Si luego se hace evidente que olvida el aplicar la rigurosa medida empleada con la aborrecida Iglesia a comunidades de otro género que, por el interés o el sentimiento le son próximas, entonces su llamamiento a un sentido de la pureza que supone ofendido y herido, le emparenta con aquellos a quienes, según la palabra aguda del Salvador, una paja en el ojo de su hermano impide ver la viga que está en el suyo. Sin embargo y aunque no sea muy puro el propósito de los que se adjudican la vocación e incluso más de una vez el vil oficio de escrutar lo que hay de demasiado humano en la Iglesia, y aunque los poderes sacerdotales comunicados por Dios no dependen del valor humano del sacerdote ni de su elevación moral, no es por ello menos cierto que en ninguna época de la historia ningún individuo en ninguna comunidad, puede librarse del deber de examinar lealmente su conciencia, de purificarse implacablemente, de renovarse energicamente en sí mismo, en su espíritu y en sus actos. En Nuestra Encíclica sobre el Sacerdocio, Hemos llamado la atención con apremiante insistencia sobre el deber sagrado, para todos los que pertenecen a la Iglesia, y sobre todo para todos aquellos que forman parte del estado sacerdotal y religioso y del apostolado laico, de acordar su fe y la conducta de su vida en esa armonía que exige la ley de Dios y que reclama la Iglesia con una energía incansable. Y todavía hoy Nosotros repetimos con seriedad profunda: no basta formar parte de la Iglesia de Cristo; hace falta, además, ser un miembro vivo de esta Iglesia, en espíritu y en verdad. Y no lo son más que quienes se mantienen en estado de gracia y viven continuamente en presencia de Dios, en la inocencia o en una penitencia efectiva y sincera. Cuando el Apóstol de las Naciones «vaso de elección», reducía su cuerpo a la esclavitud bajo las disciplinas de la mortificación, para no ser reprobado después de predicar a los otros (I Cor XIX, 27), ¿puede haber para aquellos a quienes está confiado el auge y el acrecentamiento del reino de Dios, otro método de trabajo que el que una más íntimamente su apostolado y su propia santificación? Sólo así puede mostrarse a la humanidad de hoy, y en primer lugar a los contradictores de la Iglesia, que la «sal de la tierra», que la levadura del Cristianismo, no ha perdido su eficacia, sino que está apta y pronta para llevar a los hombres de hoy, prisioneros del error y de la duda, hundidos en la indiferencia y el abandono, cansados de creer y alejados de Dios.

(Continuará)